Premio gordo

Alvareda

19

CATALOGO

DE LAS

BRAS QUE TIENE ESTA CASA Y EN VENTA

	Reales.
sclavos Blancos, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez, dos tomos.	50
Chato de Benamejí, por idem, dos tomos.	60'25
s Mártires de la Familia, por idem, dos tomos.	40
rnan-Cortés (descubrimiento y conquista de Méjico), por D. Julio Nombela, cuatro tomos	57
Barberillo de Lavapiés, por D. Pedro José Moreno, dos tomos. . .	65
Voz de la Naturaleza, dos tomos.	50
Batalla de la Vida, dos tomos.	50

OBRAS EN PUBLICACION

Matilde ó Las Cruzadas, traduccion libremente al castellano, se reparte por adernos de 32 páginas al precio de dos reales cada uno.

Todo suscritor que dejase de recibir el reparto con puntualidad, se será dirigir directamente á esta su casa, la que inmediatamente pondrá los me s para servirles.



EL PREMIO GORDO,

PIEZA EN UN ACTO ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

M. ALVAREDA.

PERSONAJES.

...NIO QUIJADA, dentista, (30 años.) | PIO COLIBRI, disecador de aves, (58 años.) | CECILIA, costurera, (20 años.)

ACTO ÚNICO.

...l teatro figura la sala de un dentista, pobremente amuebla-...-En el fondo una ventana con vista á la calle. Chimenea á la ...cha con algunos papeles encima. A la izquierda la puerta de ...a.—Una mesa en el proscenio, á la derecha; á la izquierda ...papelera, y en el fondo una alacena.

ESCENA PRIMERA.

DON PIO.

...evantarse el telon el teatro se hallará vacío. Al cabo de un ...ato se oyen tres golpes á la puerta, y despues otros tres ...as fuertes; por último la puerta se entreabre, y D. Pio ...soma la cabeza. Viendo que no hay nadie, se decide á entrar, y coloca sobre la mesa un loro disecado, con un billetito en el pico.)

...ave está en la cerradura... No hay nadie... Tanto me...or, así tendré tiempo de respirar un poco. Cuando se sube á la habitacion de una niña de veinte años, debiera uno tener las piernas de la misma edad, y las mias en la primera invasion francesa ya sabian... huir. Este es el modesto asilo en donde florece la donosa Cecilia. ¿Quién me habia de decir que despues de haber atravesado la edad de las pasiones sin dejarme atrapar en las redes del dios ciego, habia de bastar una sola de tus incendiarias miradas ¡oh criatura encantadora! para turbar la virginal tranquilidad de mi pudoroso corazon? ¡Oh! aquí se respira una especie de perfume de puras azucenas en armonía con mis cincuenta y ocho primaveras de candor y de virtud... (*Tropezando con un objeto.*) ¿Qué es esto?... ¡Un tirabotas! (*Lo recoge.*) ¡Un tirabotas!... ¿Tendria esa niña por ventura?... (*Lo coloca en una silla á la izquierda.*) No, es imposible... Sin embargo, no hay duda que es aquí; el memorialista del portal me lo ha asegurado... Oigo pasos... ¿Dónde ocultarme?... ¡Ah! detrás de esta cortina... (*Abrese la*

puerta, y D. Pio se coloca detrás de la cortina de la ventana.) Ya era tiempo... ¡Es mi mariposa!

ESCENA II.

DON PIO, CECILIA.

CECILIA. ¡Qué perezosa ando esta mañana! Cuando venga mi vecino D. Higinio y note este desórden, me va á reñir... ¡Cómo está esto! (*Coloca el tirabotas debajo de la papelera.*) ¡Oh! los solteros... los solteros...

PIO. ¿Si será camarera?

CECILIA. Me he levantado con tanta precipitacion, que ni tiempo he tenido para atarme la bota... (*Coloca el pié sobre el palo de una silla, y se ata la bota.*)

PIO. ¡Ay! ¡qué piececito de paloma!

CECILIA. Me he puesto una media al revés... Algo malo va á sucederme.

PIO. ¡Pio, cierra los ojos!

CECILIA. Ya la arreglaremos mas tarde... (*Viendo el loro.*) ¿Qué animal es este?

PIO. ¿Si me habrá visto?

CECILIA. ¡Un loro! (*Tomando el billete.*) ¿Qué es lo que tiene en el pico? (*Abre el billete y pasa á la izquierda.*)

PIO. (*Aparte, adelantándose de puntillas.*) Amigo Pio, esta es la ocasion de que pies.

CECILIA. Leamos. «Mi querida Cecilia: he quitado una pluma á el ala de un ruiseñor para...» (*Lo rompe.*) ¡Bah, bah, bah! música celestial... ¿Quién será el ente que?...

PIO. (*Acercándose.*) Hélo aquí, encantadora Cecilia.

CECILIA. (*Sorprendida.*) ¡Ah! (*Aparte.*) Es el vejete de la esquina. (*Alto.*) No le conozco á V., caballero. ¿Quién es V.? ¿qué se le ofrece?

PIO. Me llamo Pio... Pio Colibrí... y soy disecador.

CECILIA. ¿De cuadrúpedos?

PIO. No, ángel custodio, de aves; y quisiera que participase V. de mi suerte.

CECILIA. Yo tambien quisiera que me hiciese V. un favor... uno solo...

PIO. Habla, ave del paraiso.

CECILIA. Que se vuelva V. por donde ha venido.

PIO. ¡Oh Cecilia! si ese difunto loro, que ha muerto murmurando el nombre de V., pudiese aun hablar, diria á V. que este amor habia vuelto á su amo mas animal de lo que él mismo era.

CECILIA. No tengo yo la culpa.

PIO. Cuando la ví á V. por vez primera, se hallaba V. asomada á su ventana acariciando un canario, y al presenciar la ternura con que le servia V. los piñoncitos con esos labios de coral, me sentí tan animado, tan... y me dije: puesto que le gustan los animales, tengo mucho ganado para agradarle. En mi casa, bella Cecilia, podrá V. satisfacer todos sus caprichos por la historia natural; allí encontrará V. el pájaro mosca, el guacamayo, el ave fénix, el buho, el grajo... (*Cecilia se dirige al fondo y luego pasa á la derecha.*) ¿Qué me responde V., paloma mia?

CECILIA. Que solo tengo un corazon...

PIO. Yo no pido mas.

CECILIA. Y ya lo tengo dado.

PIO. ¡Ah! esa cruel declaracion va á ser para mí el buitre de Prometeo.

CECILIA Yo no prometo nada, señor Colorin.

PIO. Colibrí, señorita, si V. no lo lleva á mal.

CECILIA. El señor Higinio es muy celoso.

PIO. ¿Es á él á quien V. ama?

CECILIA. A él ó á otro, ¿qué le importa á V.?

PIO. Nada, pero...

CECILIA. Si le encontrase á V. aquí, seria capaz...

PIO. ¡Canario! eso sí que me importa. ¿De qué seria ca ese cárnívoro?

CECILIA. De todo. Esta casa tiene dos salidas.

PIO. ¿Dos?

CECILIA. Esa puerta y... esa ventana.

PIO. ¡La ventana! á no tener alas...

CECILIA. Pues si el señor Higinio le encontrase á V. a no seria V. dueño de elegir.

PIO. ¡Canastos! ¡y estamos en cuarto piso, sin contar el tresuelo!

CECILIA. Con que, eche V. sus cálculos, y...

PIO. Ya los tengo echados, y muy echados. Me voy, per escribiré á V.

CECILIA. No quiero cartas ni visitas.

PIO. No me asesine V., Cecilia. No pierdo del todo la es ranza.

CECILIA. (*Señalando el loro.*) Llévese V. esa alimaña.

PIO. No; se lo dejo á V., y él hablará por mí en mi au cia... (*Yéndose.*) ¡Ay Cecilia!... ¡Cecilia!... ¡Cecilia!... (*se.*)

ESCENA III.

CECILIA, *sola.*

No hay cosa mas temible que el fuego cuando prend una casa vieja.—¿Habráse visto mono semejant Ocultemos aquí su pajarraco. (*Encierra el loro en e fete.*) No faltaba mas que esto para dar vuelo á las bladurías de la vecindad, que bastante tiene ya que cir por mis visitas á Higinio. Pero ¿qué me import Nada tengo que echarme en cara, y van á quedarse un palmo de narices al ver que nos casamos... el dia tengamos dinero. (*Durante este monólogo habrá es ordenando los muebles.*)

ESCENA IV.

CECILIA, HIGINIO.

HIGINIO. (*Saliendo.*) Hola, vecinita, ¿tan temprano tr jando? (*La abraza.*)

CECILIA. Basta, basta.

HIGINIO. No te enfades.

CECILIA. ¿Qué noticias traes? (*Toma el sombrero de Hi y lo coloca sobre el bufete.*)

HIGINIO. (*Sentándose á la izquierda.*) Pésimas. Desde el necer me hallo desempedrando calles para enco trabajo, y ¡nada!... En todas partes hay una abs carencia de muelas... careadas. ¡Oh! habria para a carse uno las suyas si se dejaba llevar de la des racion.

CECILIA. Sin embargo, no faltan quijadas en Barcelon

HIGINIO. Ya lo creo, pero el quid está en dar con ellas

CECILIA. ¿Es decir que no hay medio?...

HIGINIO. Mi situacion no puede ser mas triste... Mis l empiezan á dejar ver sus inquilinos, mis dientes criar telarañas, el dueño de la casa me enseña los millos... ¡Cocodrilo!... Y sin embargo no le debo que cuatro meses. En fin, estoy á punto de hacer de *pópulo bárbaro*.

CECILIA. Pero algun recurso deberás tener.

HIGINIO. ¿ Sabes lo que tengo?... ¡ Una cuerda para ahorcarme!

CECILIA. ¡Higinio!

HIGINIO. Porque no creo que se llame tener el fundar sus esperanzas en una quimera, en una ilusion...

ECILIA. Pero sepamos en qué consiste...

IIGINIO. (*Levantándose.*) En medio billete de la lotería, que en uno de mis raros momentos de opulencia, compré á un mozo del café Cuyás... Tenia algunos napoleones, y ya va por la segunda vez que pruebo fortuna.

ECILIA. ¡Ay! si sacases lo bastante para hacerte una rentita, siquiera de veinte mil duros anuales...

IGINIO. Con la vigésima parte que tuviera, no me cambiaba yo con el mismo conde de Montecristo. En mis proyectos para el porvenir siempre he pedido lo necesario, lo superfluo jamás...

ECILIA. ¡Ah, buen Higinio!

IGINIO. Que la suerte me conceda el premio gordo, y con veinte y cinco mil duritos ya podré empezar...

ECILIA. ¡Veinte y cinco mil duros!... no es gran cosa. (*Se sienta junto á la mesa.*)

IGINIO. (*Hincándose de rodillas á su lado.*) Sobra y basta. Mira, con esos veinte y cinco mil del pico y lo que tengo, ya podria reunir unos veinte y tres mil duros... Empiezo por no pagar mis deudas, y me dedico á despoblar encías con el mismo ardor que si no tuviese un maravedí. Unicamente, para solazarnos los domingos, alquilaremos una quinta en el Puchet.

CILIA. Preferiria que fuese en San Gervasio.

INIO. Sea en San Gervasio, pues quiero dar gusto en todo á mi mujer. Tendremos una cabrita...

ILIA. Blanca, y la llamaremos Esmeralda.

INIO. Pollos y pichones.

ILIA. Y conejos, señor mio. ¡ Me muero por la pepitoria! (*Se oye en la calle un organillo, acompañado de un clarinete.*) ¡Qué diantre de música!

INIO. Y por la noche, sentados uno al lado del otro, espiraremos el perfume de las flores agitadas por la ulce brisa...

LIA. Y me harás un ramillete. (*Vuelve á oirse la música.*) ¡Demonio de franchute!

NIO. Y en invierno, los dias que haga frio, nos sentaemos á la chimenea, y haremos brincar sobre nuestras odillas á nuestro primer retoño, á quien llamaremos ulianito... ¿te gusta el nombre?

LIA. ¿Y por qué no Julianita?

IO. Quita allá; necesito un rapazuelo.

IA. Y yo una rapazuela.

IO. Vamos, Cecilia, sé razonable: el bello sexo no se dedicado todavía á sacar muelas, que yo sepa.

IA. No quiero oir nada mas. (*Se levanta y se dirige á la quierda.*)

IO. (*Siguiéndola.*) ¡ Quizá encontremos medio de coniarlo todo!...

IA. Acabas de decirme que habias resuelto limitarte o necesario, y...

O. ¿Acaso un ciudadano es una cosa supérflua?

IA. ¡Querido Higinio!...

O. En cuanto á nuestro tercer vástago...

A. No adelantes tanto. (*Vuelve á oirse la música.*) ¡Es es insoportable! (*Dirigiéndose á la chimenea.*) Voy á echarle dos cuartos para que se vaya con la música á otra parte. (*Toma un papel de encima de la chimenea, y sin mirarlo envuelve en él unas monedas, que tira por la ventana, dejando ésta abierta.*)

HIGINIO. Ese maldito gabacho ha venido á echar por tierra nuestra quinta de S. Gervasio.

CECILIA. Ya la reconstruiremos.

HIGINIO. Acabamos de forjar en nuestra imaginacion un cuento fantástico, querida Cecilia, y me siento con un apetito demasiado real. ¿Qué quedó de la comida?

CECILIA. ¿De la comida de ayer?... Nada.

HIGINIO. No es mucho, que digamos. Vaya, voy á hacer provisiones. (*Se dirige al bufete para tomar el sombrero.*)

CECILIA. ¿No te pones el *milord* para salir?

HIGINIO. ¿El *milord*?... ha salido ya.

CECILIA. ¿Para ir á casa de?...

HIGINIO. No, á casa de mi sastre para cierta restauracion...

CECILIA. Vaya, mientras vuelves, voy á poner la mesa. Que no hagas locuras.

HIGINIO. (*Enseñándole un napoleon.*) No es fácil. El último, Cecilia, el último... Despues de este...

CECILIA. Despues de ese vendrá otro, y despues otro, y así sucesivamente. ¿Acaso no tengo yo aguja?

HIGINIO. (*Aparte.*) ¡Vaya un recurso famoso! (*Alto.*) Adios, alma mia; no tardaré. (*Vase.*)

ESCENA V.

CECILIA, *sola.*

¡Qué buen marido va á hacer mi Higinio! (*Dirigiéndose á la mesa.*) Pongamos la mesa... Primero el mantel... Lo tiene la lavandera... ¡Siempre lo tiene la lavandera!... No seria mi Higinio quien se dejara guiar por el interés... (*Saca una botella de la alacena.*) Una botella... viuda. (*La vuelve boca abajo y caen algunas gotas.*) Llora al verse vacía. (*La deja en el armario.*) Y aunque heredase las minas del Perú, no seria ni tanto así mas orgulloso... (*Sacando un tenedor.*) ¡Un trinchante con dos puntas y media! (*Lo pone en la mesa.*) Un plato y un vaso para los dos... ¡Bah! cuando hay cariño, basta y sobra. (*Dirigiéndose á la puerta.*) Siento ruido. ¿Si será él? Justo... Habrá ido á la esquina. ¡Qué agitado viene!

ESCENA VI.

CECILIA, HIGINIO.

HIGINIO. (*Con una botella debajo de cada brazo y un pastel en la mano. — Entra con atolondramiento y deja caer una de las botellas.*) ¡Ah, Cecilia, qué suerte, qué fortuna tan inesperada!... (*Se sienta junto á la mesa, en la que coloca la botella y el pastel.*)

CECILIA. (*Recogiendo los pedazos de la botella rota.*) ¿Qué te pasa, amigo mio?... ¿Te ha llegado algun tio de California?

HIGINIO. ¡Qué! ¡la California misma! (*Levantándose y saltando.*) ¡Viva la riqueza! ¡abajo la miseria! (*Echa á volar el sombrero.*) Cecilia, pínchame la oreja hasta que brote la sangre, arráncame cuantos cabellos te dé gana, aplícame sendos puñetazos en la espalda... todo para cerciorarme de que no estoy soñando.

CECILIA. ¿Estás loco?

HIGINIO. No hay para menos. Figúrate que al ir á comprar esas vituallas en la tienda de la esquina, me da la gana

de fijar mis miradas sobre el parte telegráfico de Madrid, insertado en el diario de ayer tarde... ¡Ay! apenas puedo respirar...

Cecilia. Sosiégate un poco.

Higinio. ¿Cómo conseguirlo?... ¡Cecilia, me ha tocado la lotería!

Cecilia. ¿De veras?

Higinio. ¡La gorda! ¡Ay! nunca creí que la alegría pudiese producir semejantes efectos... Un torbellino de ideas nuevas se agolpan y cruzan mi pobre cerebro... ¡Yo me vuelvo loco!

Cecilia. Sosiégate. Vamos... (*Yendo hácia la mesa.*) Siéntate aquí, y te calmarás almorzando : voy á servirte.

Higinio. ¡Yo probar esos vulgares alimentos!... Quita allá; háblame de faisanes, de cangrejos á la Tourtillot, de Burdeos, de Champagne...

Cecilia. (*Riendo.*) ¡ Adios ! ya te se subió á la cabeza , sin probarlo.

Higinio. Desde este momento cambia mi vida radicalmente... Un tilburí... tres caballos...

Cecilia. ¡Allá va!

Higinio. Y me vestirá Sibilla, almorzaré en el Oriente, comeré en las Cuatro Naciones y cenaré en todas partes... iré á la ópera, á la zarzuela, al Circo , á los monos sabios... Los pollos mas elegantes se inclinaran ante mi opulencia , y todo Barcelona acudirá á mis soberbias reuniones.

Cecilia. Pues nada de eso es necesario , amigo mio.

Higinio. ¿Y dónde está lo súpérfluo, hija del alma?

Cecilia. No hace un cuarto de hora que te espresabas de otro modo.

Higinio. Todo aquello se dice cuando no se tiene un cuarto. Un hombre que se respeta un poco , no puede vivir en Barcelona con menos de veinte mil duros de renta.

Cecilia. Pero si tú no tendrás ni la mitad...

Higinio. ¿Y la Bolsa , los caminos de hierro y demás gangas? Por otra parte, un capitalista en mi posicion puede doblar , cuadruplicar su fortuna por medio de un brillante casamiento.

Cecilia. (*Riendo.*) ¡En qué estado tienes la cabeza!... ¿No sabes, amigo mio , que todos mis bienes consisten en unos mil reales, ganados cuarto á cuarto, y que tengo impuestos en la Caja de ahorros?... ¡Apenas tendré para mis colgajos de boda!

Higinio. ¿Te vas á casar, Cecilia?

Cecilia. (*Apoyándose en su hombro.*) ¿No lo sabes, galopin?

Higinio. (*Aparte.*) Mi posicion empieza á ser delicada.

Cecilia. Te veo preocupado. ¿Qué tienes, Higinio?

Higinio. (*Aparte.*) Mas vale salir del paso de una vez. (*Alto.*) Querida Cecilia, hasta ahora has vivido en una posicion tan baja...

Cecilia. Al contrario , muy elevada... cuarto piso con entresuelo.

Higinio. Y no has reflexionado nunca en la diferencia de clases.

Cecilia. ¿A qué?... Tu padre era fabricante de muñecos de barro... (*Movimiento de Higinio.*) y el mio comerciaba en ropa vieja... Con que, al casarnos , poco nos oscurecemos el uno al otro.

Higinio. (*Aparte, yéndose á sentar á la izquierda.*) Tiene demasiada memoria ; algo mas que demasiada memoria. (*Alto.*) ¡Ah, Cecilia! no son todo flores en esta vida. La fortuna, que en apariencia nos trae tanta felicidad, tiene tambien exigencias muy crueles...

Cecilia. (*Acercándosele.*) ¿A título de qué exigencia convine nuestra separacion?

Higinio. No he dicho tanto.

Cecilia. Está bien.

Higinio. Tendrás magníficos trajes, diamantes, todo cuan pueda hacer feliz la vida de una mujer... Hoy mis voy á amueblar con el gusto mas refinado un peque templo, del que tú serás la diosa, y al que iré yo á nudo á adorarte de rodillas.

Cecilia. ¡ Cómo á menudo! siempre, señor mio. ¿Cuán son nuestras amonestaciones?

Higinio. ¿Qué?

Cecilia. ¿Cuándo son nuestras amonestaciones?

Higinio. (*Aparte.*) ¡Ay! ya te habia comprendido. (*Al* ¿Acaso es necesario?...

Cecilia. (*Dando algunos pasos hácia atrás.*) ¡Que si es ne sario!

Higinio. Deja que te esplique...

Cecilia. Por fin me veo obligada á comprender. Le c á V. un hombre de bien, y no es V. mas que un...

Higinio. (*Levantándose.*) ¡Ah!

Cecilia. (*Pasando á la izquierda.*) ¡Adios, caballero!

Higinio. ¡Cecilia!

Cecilia. Veré á V. una vez sola, la última, para devolv las prendas de amor que he tenido la debilidad de a tar, cuando le creia á V. leal y pobre como yo... (*Se ja rápidamente ; Higinio la sigue hasta la puerta.*)

ESCENA VII.

Higinio, *solo, á la puerta.*

¡Cecilia!... ¡Cecilia!... ¡Se va sin querer oirme!... ¡Cecili ¡Cecilia!... Bueno, ahora se encierra y echa dos vu á la llave... (*Volviendo al proscenio.*) ¿Sí?... Tanto para ella... ¡Otra la reemplazará! ¡Qué especie de hi fobia ataca á todas estas criaturitas por casar ¡Bah!... hay tantas muchachas bonitas en Barcelo Pero ante todo busquemos el pedacito de papel drado, que contiene en sí mas viñas y campos q necesitan para alimentar á veinte familias. (*Busc en el bufete.*) ¿En dónde diablos he metido mi bil (*Abre y cierra precipitadamente todos los cajones.*) Na Tampoco... ¡Cartas de amor! (*Las tira.*) ¿Para qué ro esto?... ¡Ah! á ver si sobre la chimenea, entre anuncios de sacamuelas.... (*Se dirige á la chimenea.*) prudente de mí! (*Mira por el suelo y ve un papel qu do.*) ¿Qué es esto?... ¡un papel quemado! el que anoche Cecilia para encender el fuego... ¡Cielos! que es el número 1852... ¡mi billete! ¡Ladrones! go!... ¡ Y es ella la que me arruina!... ¡Cecilia! *sentado en un sillón.*) Adios ilusiones... Mi desgrac puede ser mas terrible. (*Se oculta la cara entre las m*

ESCENA VIII.

Higinio, Don Pio.

Pio. (*Saliendo, sin ver á Higinio, y trayendo en la ma nido de gorriones.*) Ahora voy á regalarle este ni gorriones. (*Va á colocarlo sobre la chimenea.*) A comprende la alegoría.

Higinio. (*Sin reparar en D. Pio.*) ¡Ah! ¡me saltaria la de los sesos!

·. (*Aparte, viendo á Higinio.*) ¡Canario! ¡un hombre! (*Se dirige de puntillas á la puerta.*)
IINIO. (*Levantándose y pasando á la derecha.*) Si tuviera al menos con qué comprar una pistola!... (*Volviéndose al ruido que hace D. Pio al abrir la puerta.*) ¿Quién va?... ¿Me buscaba V.?
·. (*Aparte.*) ¡Me vió!
INIO. (*Aparte.*) Esa turbacion no es natural; si fuese un ratero...
·. (*Aparte.*) ¡Ay! me va á devorar.
INIO. ¿Qué hacia V. aquí, tunante?
. (*Queriendo escabullirse.*) Que tenga V. muy buenas noches.
INIO. (*Cogiéndole por la mano y haciéndole pasar á la derecha.*) No saldrá V. de aquí sin haberme dicho antes el motivo de su visita.
. Perdone V., caballero, he equivocado la puerta.
INIO. En este piso no hay mas puerta que la de la señorita Cecilia y la mia.
. (*Aparte.*) ¡Y está abierta la ventana! (*Alto.*) Yo no conozco á esa jóven.
INIO. (*Irritándose.*) ¿Y cómo sabe V. que es jóven?... Cuidado, señor mio, en mí ve V. dos hombres...
(*Aparte.*) ¡Santa María! ¡santa Dei genitrix!...
INIO. El hombre enamorado y el dentista.
(*Aparte.*) ¡El dentista!... ¡Ah! ¡qué idea! (*Alto.*) Precisamente al dentista es á quien tenia que ver. (*Saca el pañuelo y se lo lleva á la mejilla.—Aparte.*) Sálveme la astucia.
INIO. Caballero, ¿por qué no lo decia V. antes? (*Acercando una silla.*) Tómese V. la molestia de sentarse. Pido á V. mil perdones por la manera algo brusca... (*Haciéndole muchas cortesías ridículas, le hace sentar en la silla.—Aparte.*) ¡Por fin atrapé una quijada! (*Alto.*) ¿Le duele á V. mucho?
Atrozmente, y quisiera que me diese V. un bálsamo bienhechor...
NIO. ¡Un bálsamo! (*Aparte.*) ¡Diantre! precisamente no tengo ninguno.
Sí, algun calmante...
NIO. Cabalmente tengo lo que V. necesita: el bálsamo mas eficaz que se conoce... el de acero.
¡De acero! (*Aparte.*) ¡Quién pudiera hallarse á cien leguas!...
NIO. El caso es que está V. sumamente pálido.
Pálido, ¿eh?... ¿Con que estoy pálido?
NIO. Pero no tenga V. miedo, pues voy á estirparle sin dolor...
(*Aparte.*) Todos dicen lo mismo... ¡Sin dolor, y le hacen ver á uno las estrellas!
IO. (*Haciéndole abrir la boca.*) Vamos á ver...
(*Aparte.*) Sacrifiquemos una muela para salvar las demás.
IO. Ya verá V. como en un decir Jesus... Soy muy listo.
¡Virgo prudentísima! ¡Virgo veneranda!... (*Abre la boca desmesuradamente.*)
IO. (*Contemplándole.*) ¡Buena embocadura!
¿Eh?
O. (*Mirándole la boca.*) Veamos... Sí, osamenta cabal... Caninos, incisivos y molares.
Hasta las del juicio... Solo una ocasion como esta podia haberme decidido á sacrificar una.

HIGINIO. ¿Las aprecia V. mucho?
PIO. Tanto como ellas á mí.
HIGINIO. (*Dirigiéndose al bufete y sacando un instrumento.*) Es negocio de un segundo.
PIO. (*Aparte, levantándose y tratando de escabullirse.*) Se acerca el instante fatal... ¡Ya se ha apoderado del instrumento del suplicio!
HIGINIO. Aquí, caballero. (*D. Pio se vuelve á sentar precipitadamente y abre la boca; Higinio se acerca á él por la izquierda.*) No pestañee V., porque á veces un accidente...
PIO. (*Con la boca abierta.*) ¡Aaaay!...
HIGINIO. (*Se dispone á operar, pero de repente, como herido por una idea súbita, empuja bruscamente la cabeza de don Pio, y dice aparte*): ¡Dios mio! ahora me acuerdo...
PIO. (*Lanzando un grito, y levantándose.*) ¡Ay! ¿dónde está? ¡Démela V.!
HIGINIO. (*Aparte, metiéndose el instrumento en el bolsillo.*) ¿Si habrá quemado Cecilia el de la estraccion pasada? ¡Quizá el otro esté en mi *milord*!... Vuelo al Monte de Piedad! (*Vase precipitadamente.*)

ESCENA IX.

DON PIO, *despues* CECILIA.

PIO. (*Aturdido.*) Sin duda ha perdido la cabeza este sacamuelas... (*Escupiendo.*) El caso es que conservo mi quijada intacta, que es lo que me importa... De buena me he librado.
CECILIA. (*Saliendo con un cofrecito, que deja sobre el bufete.*) Sí, tendré valor... (*Reparando en D. Pio.*) Señor mio, ¿á pesar de mi prohibicion se ha atrevido V.?...
PIO. (*Tomando el nido y presentándoselo.*) ¿Ha leido V. la historia de Estela y Nemoroso?
CECILIA. (*Poniendo á la izquierda la silla en que estuvo sentado D. Pio.*) ¿Qué tengo yo que ver con esas historias?... No hace un instante que habia aquí un jóven..
PIO. (*Despues de dejar el nido sobre la chimenea.*) Sí, un individuo que me parece algo tocado... Acaba de salir como un loco.
CECILIA. Señor Canario...
PIO. Colibrí, señorita.
CECILIA. Está bien. Deseo estar sola.
PIO. ¿Sola... conmigo?
CECILIA. No; sola sin V.
PIO. Antes de alejarme, ingrata criatura, tengo que hacer á V. una restitucion. (*Registrándose los bolsillos.*)
CECILIA. No creo haberle dado á V. nada.
PIO. Dado, no; pero me ha echado V. una cosa.
CECILIA. ¿Cómo? ¿por dónde?
PIO. Por la ventana. No hace un cuarto de hora, que no sabiendo cómo espresar á V. mi amoroso martirio, lo he ofrecido á V. una serenata...
CECILIA. ¿Con un organillo?
PIO. Y un clarinete; nunca hago las cosas á medias. Yo tambien les acompañaba...
CECILIA. ¿Con qué?
PIO. Con mi persona. Levantaba las narices con la esperanza de verla á V. asomar, cuando de repente distinguí esa linda mano lanzando un papelito liado; precipitéme loco de alegría para hacer un robo al viento, y recibí el papel, con lo que tenia dentro, entre ceja y ceja... Mire V., aun tengo el chichon.
CECILIA. Perdone V., le habia tomado por un ciego.

PIO. (*Devolviéndole el papel liado.*) Tome V. lo que es suyo, señorita... (*Cecilia se dirige al foro; D. Pio suspira.*) ¡Ay! ¡ojalá que en cambio pudiese V. concederme la paz del corazon, que me ha arrebatado! (*Cecilia vuelve al proscenio y se sienta á la izquierda con aire impaciente.*) ¡Ingrata! ¡yo, que por entonar á V. endechas amorosas á la claridad de la luna, he llegado á olvidar mis pájaros!

CECILIA. (*Levantándose y pasando á la derecha.*) Bien podia V. haber dado esta bagatela á cualquier desgraciado.

PIO. ¡Desgraciado! ¡Ni una perdiz en escabeche lo es mas que yo! En fin, hágame V. el obsequio de desliar ese papel, para cerciorarse de que es el mismo que V. me ha tirado. (*Aparte.*) Es mi retrato en miniatura.

CECILIA. ¿Para qué?

PIO. Se lo ruego á V.

CECILIA. Si no es necesario mas que esto para dejar á V. contento... (*Deslia el papel y lo examina.—Aparte.*) ¡El billete!

PIO. (*Aparte.*) Produzco efecto.

CECILIA. ¿Qué veo?

PIO. Es mi imágen, señorita, tal como yo era en 1822, el año del gran eclipse.

CECILIA. No deja de ser raro...

PIO. No, mi cara nada tiene de raro... ¡Ay, señorita! los años se nos echan encima; pero si mi físico está un poco deteriorado, mi moral permanece intacto, mi corazon no tiene ninguna brecha... es muy nuevecito...

CECILIA. Señor Gorrion...

PIO. Colibrí... Pio Colibrí... He tenido el honor de repetírselo á V. mas de diez veces.

CECILIA. V. me puede hacer un favor...

PIO. Sí, el de irme, ¿no es eso? Ya lo sé, me lo tiene V. dicho.

CECILIA. ¿Me guarda V. rencor?

PIO. Los Colibris no son rencorosos.

CECILIA. Pues bien, vaya V. á la estacion del ferro-carril de Zaragoza, y averigüe V. la hora á que saldrá el primer tren.

PIO. ¿Me envia V. acaso con alguna mision á su pueblo?

CECILIA. Yo soy la que trato de marcharme hoy mismo.

PIO. Entonces seré su compañero de viaje.

CECILIA. Veremos...

PIO. (*Alegre.*) ¡Veremos!... ¡Ha dicho veremos!

ESCENA X.

HIGINIO, CECILIA, DON PIO.

HIGINIO. (*Dentro.*) Llévese V. mis muebles... métame V. en la cárcel.

CECILIA. ¡Higinio!

PIO. (*Aparte, cayendo sentado en una silla junto á la ventana.*) ¡Adios! ¡mi verdugo!... Ya le habia olvidado.

HIGINIO. (*Dentro.*) Haga V. lo que quiera; no tengo ni un cuarto para pagarle á V. el alquiler.

CECILIA. (*Aparte.*) ¡Cómo me late el corazon!

HIGINIO. (*Saliendo.*) ¡Cecilia aquí! (*Aparte.*) ¡Qué felicidad! (*Alto á D. Pio.*) ¿Todavia está V. aquí?

PIO. (*Se levanta, y trayendo su silla al proscenio, se sienta con aire resuelto.*) Le espero á V. á pié firme. (*Abre la boca.*)

HIGINIO. No le falta á V. paciencia.

PIO. Con ella todo se alcanza. (*Bajo á Cecilia.*) ¿No es así, señorita?

CECILIA. (*Bajo.*) Cállese V., y no olvide mi encargo. (*D. Pio se dirige á Higinio, abriendo nuevamente la boca. Higinio saca el instrumento del bolsillo y se acerca á D. Pio, qui hace un gesto lastimoso.*)

HIGINIO. (*Guardándose el instrumento.*) Ya vendrá V. m tarde.

PIO. (*Levantándose.*) ¡Oh! no queria otra cosa. (*Bajo á Ce lia.*) Voy al camino de hierro. (*Alto.*) Tengo el honor saludar á V. (*Aparte.*) De buena me he librado. (*Vase c riendo.*)

ESCENA XI.

HIGINIO, CECILIA.

HIGINIO. Ya estaba yo seguro de que el adios de esta m ñana no seria eterno.

CECILIA. Le habia prometido á V. verle una sola vez... héme aquí. Ya sabe V. el objeto de mi visita. (*Toma cofrecillo y se lo presenta.*)

HIGINIO. Sí, viene V. á devolverme las bagatelas que en o tiempo tuve la dicha de que V. aceptase.

CECILIA. No debo ya conservarlas... Tómelas V., y hága el favor de devolverme en cambio mis cartas.

HIGINIO. ¿Lo exige V., Cecilia?

CECILIA. Lo exijo.

HIGINIO. (*Tomando el cofrecillo y dirigiéndose al bufete.*) resigno pues. (*Abre un cajon.*)

CECILIA. Gracias, caballero.

HIGINIO. (*Volviendo junto á Cecilia con las cartas y un ra llete marchito.*) Tome V., Cecilia, esta es su respuesta á primera carta... Mire V. aquí la huella de una lágri

CECILIA. ¡Era de felicidad!... No volveré á derramarlas.

HIGINIO. Tome V. tambien este ramillete que ambos c mos juntos.

CECILIA. (*Aparte.*) ¡Lo habia conservado!

HIGINIO. ¡Ah, Cecilia! si V. quisiera...

CECILIA. Ya le he dicho á V. que es imposible.

HIGINIO. Está bien. Puesto que un minuto de error le ha cho olvidar á V. un año entero de constancia, tom esas flores, tómelo todo, y separémonos al instante (*lo entrega todo y se sienta á la izquierda.*)

CECILIA. (*Con ironía.*) Otras consolarán á V. Siendo ric

HIGINIO. ¡Rico! la fortuna hace como V., me abandona.

CECILIA. ¿Tan pronto?

HIGINIO. A V. es á quien deberia pedir que me consol puesto que es la causa de mi ruina.

CECILIA. ¡Yo!

HIGINIO. (*Señalando el papel quemado que habrá en el su* ¿Ve V. los restos de ese papel?

CECILIA. Con el que anoche encendí la luz... ¿Y qué?

HIGINIO. (*Levantándose.*) Pues es, ó mas bien, era el m billete de la lotería. Ya no me queda mas que el rec do...

CECILIA. Y el remordimiento.

HIGINIO. Remordimiento que desapareceria con una m da de esos ojos, con una sola palabra de bondad... cilia!...

CECILIA. Se equivoca V., Higinio; no he quemado su tuna.

HIGINIO. Pues entonces...

CECILIA. La eché por la ventana.

HIGINIO. Espliquese V.

CECILIA. Cuando esta mañana nos hallábamos haci castillos en el aire, un organillo y un clarinete...

HIGINIO. Cencerreaban en la calle, y para alejarles, les V. dos cuartos.

ECILIA. Que envolví por descuido en el medio billete número 1852; el quemado es el de la otra estraccion.

GINIO. ¡Cómo! Cecilia...

CILIA. Ese medio billete... lo tengo en mi poder.

GINIO. Cecilia, no juegue V. con semejantes emociones... ¡Dos veces en un mismo dia!... ¡Hay para volverse loco!

CILIA. (*Entregándole el papel que le dió D. Pio.*) Ahí lo tiene V., tómelo y vuelva á abrigar sus esperanzas, sus ilusiones... Yo no debo participar de ellas. (*Se dirige á la puerta.*)

GINIO. Escuche V., Cecilia. (*Cecilia se detiene.*) La rápida é inesperada transicion de la miseria á la opulencia, pudo por un momento trastornarme los sentidos... He sido un necio, un ente ridículo; pero ahora que me hallo desimpresionado, rehuso esa fortuna si V. se niega á partirla conmigo.

CILIA. No; mas tarde me acusaria V. quizá de haberme aprovechado de un arranque de generosidad, y tendria yo que sufrir sus reproches.

INIO. ¿Es decir que V. me deja?

ILIA. Me vuelvo á mi pueblo para no venir mas á Barcelona.

INIO. ¿Y es irrevocable su resolucion?

ILIA. Nada me la hará cambiar... Nos estamos viendo por la última vez.

INIO. Pues bien; puesto que este oro que la casualidad me arrebató, y que la casualidad me ha devuelto, es el único obstáculo que se opone á nuestra union, perezca en mis manos... (*Va á romper el billete.*)

ILIA. (*Deteniéndole.*) ¡Imprudente! ¿qué va V. á hacer?

INIO. Cecilia, ¿volverás á hablarme de tu partida?

ILIA. ¡Ah! no, no, generoso amigo; no, Higinio, no nos separaremos jamás.

INIO. ¿Lo olvidarás todo?

ILIA. Todo, menos la prueba de adhesion que ibas á darme.

ESCENA XII.

Dichos, DON PIO.

(*Saliendo.*) El tren parte dentro de veinte minutos.

CECILIA. Ya no me marcho.

PIO. (*Estupefacto.*) ¡No!

CECILIA. (*Señalando á Higinio.*) Y me caso con el señor.

PIO. ¡Ah!

HIGINIO. (*Pasando á su lado.*) Sea V. testigo de nuestra boda, y le arrancaré gratis la muela.

PIO. (*Retrocediendo.*) Gracias, muchas gracias. Deseo á Vds. toda clase de felicidades. (*Se dirige á la puerta.*)

CECILIA. Antes de dejarnos, señor Verderon...

PIO. Colibrí... ¡Me veré destrozado hasta el último momento!

CECILIA. (*Sacando el loro de la alacena.*) Tome V. su lorito.

HIGINIO. (*Entregándole el nido de gorriones.*) Y este nido de gorriones.

PIO. (*Tomándolo todo.*) Si comprendo una palabra, que me disequen. (*Se dirige otra vez á la puerta.*)

CECILIA. (*Sacando el retrato que le dió D. Pio.*) Olvidaba V. este retrato... (*D. Pio vuelve turbado hácia la izquierda.*)

HIGINIO. (*Tomando el retrato.*) Cecilia, nada me habias dicho...

CECILIA. ¿Para qué? ¿Tendrias celos de ese pájaro pinto?

HIGINIO. En verdad que... Amigo, con V. y sin los veinte y cinco mil duros yo hubiera sido muy feliz.

PIO. (*Con risa forzada.*) ¿Sí? ¡Je, je, je!

HIGINIO. Con que, señor Tití...

PIO. Colibrí, caballero, Colibrí.

HIGINIO. Créame V., señor Colibrí...

PIO. ¡Ajaja!

HIGINIO. Permanezca V. en estado de merecer.

PIO. Permítame V.; al unirse con Cecilia, V. mismo me da una prueba de que la mujer es necesaria para nuestra felicidad.

HIGINIO. Sí, pero á la edad de V., amigo mio, lo necesario es muchas veces supérfluo.

PIO. ¡Cómo ha de ser! (*Al público.*)

Si en este funesto dia
tanta niña enamorada
me niega hasta una palmada,
¡me cayó la lotería!

FIN.

MUSEO DRAMÁTICO ILUSTRADO

COLECCION
DE
OBRAS ESCÉNICAS ESCOGIDAS,
escritas por los principales autores antiguos y modernos. nacionales y estranjeros.

BASES DE LA PUBLICACION.

El **Museo dramático ilustrado** se publica por entregas en fóleo menor, impresas en buen p pel y con tipos claros y compactos.

Cada entrega contiene una obra completa y va ilustrada con una hermosa lámina, representan una de las principales escenas de aquella, primorosamente dibujada y grabada en boj por los mejo artistas.

Cada entrega **sea cual fuere el número de actos** de la obra que contenga, solo cuesta toda España **un real.**

Se publican semanalmente una ó dos entregas, formando todos los meses una serie, que se ve suelta al precio de **6 reales.**

Cada semestre se repartirá **gratis** á los suscritores una elegante portada, índice y cubierta par encuadernacion por tomos.

Para formar concepto exacto de las ventajas de esta publicacion, basta considerar que por **solos reales,** satisfechos por el suscritor de un modo insensible, podrán adquirirse cada año producciones d máticas escogidas cuyo valor en otras ediciones sin láminas no bajaria por término medio de **500 real**

Primera série.

¡Por un hermano! *comedia en tres actos.*
El Diamante, *drama en tres actos.*
¡Un Sonámbulo! *pieza en un acto.*
La Batalla de damas, *comedia en tres actos.*
La Capa de José, *pieza en un acto.*
La Escuela de los Maridos, *en tres actos.*

Segunda série.

La Pastora de los Alpes, *drama en cinco actos.*
El uno para el otro, *juguete en un acto.*
La Vida es sueño, *en tres jornadas y en verso.*
Un minuto mas tarde, *pieza en un acto.*
El Guante y el Abanico, *comedia en tres actos.*
La Educacion de un canario, *pieza en un acto.*

Tercera série.

El sí de las niñas, *comedia en tres actos.*
D. Luis Osorio, *drama en tres actos y en verso.*
A la luz de un farol, *pieza en un acto.*
El Amor y el griego, *comedia en tres actos.*
La Villana de la Sagra *en tres actos y en ve*
El premio gordo, *pieza en un acto.*

SE SUSCRIBE

en las librerías de Lopez y Saurí, calle Ancha: Ginesta, Jaime I: Puig, Plaza Nueva: Manero, Rambl Sta. Mónica: Española y Plus Ultra, Id. del Centro: Roca, Id. de S. José: Barau, Plaza del Teat Oliveres, calle de Escudellers: Sala, Union: Mayol, Fernando VII: Cerdá, Platería: Bastinos y Mirall Boquería: Mañá, Fuente de S. Miguel: Niubó, Espasería, y Pujals, Platería.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á los Sres. Vidal y C.ª, calle del Gober dor, núm. 14, Barcelona.

Imprenta de Narciso Ramirez, pasaje de Escudellers, núm. 4